

El amante de lady Chatterley

El amante de lady Chatterley

D. H. LAWRENCE

ILUSTRACIONES DE ROMANA ROMANYSHYN
Y ANDRIY LESIV

TRADUCCIÓN DE CARMEN M. CÁCERES
Y ANDRÉS BARBA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Lady Chatterley's Lover

Primera edición: 2016

Ilustraciones

© ROMANA ROMANYSHYN Y ANDRYI LESIV

Traducción

© CARMEN M. CÁCERES Y ANDRÉS BARBA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Formación

GRAFIME

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-16358-93-9

Depósito legal: M-15357-2016

Impreso en España

ÍNDICE

Capítulo 1	9
Capítulo 2	21
Capítulo 3	33
Capítulo 4	51
Capítulo 5	65
Capítulo 6	83
Capítulo 7	101
Capítulo 8	121
Capítulo 9	135
Capítulo 10	151
Capítulo 11	199
Capítulo 12	223
Capítulo 13	241
Capítulo 14	263
Capítulo 15	285
Capítulo 16	305
Capítulo 17	333
Capítulo 18	355
Capítulo 19	375

CAPÍTULO 1

Nuestra época es fundamentalmente trágica, por eso nos negamos a tomárnosla trágicamente. La catástrofe ya ha sucedido; estamos entre las ruinas, intentando construir pequeños y nuevos espacios habitables, creando pequeñas y nuevas esperanzas. Se trata de un trabajo arduo: ya no quedan caminos llanos hacia el futuro y sorteamos o superamos los obstáculos con dificultad. Tenemos que seguir vivos, no importa cuántos cielos se hayan desplomado.

Ésa era, más o menos, la opinión de Constance Chatterley. Su mundo se había venido abajo a causa de la guerra, y había entendido que lo único que podía hacer era aprender y seguir viviendo.

En 1917, se casó con Clifford Chatterley, mientras éste disfrutaba de un mes de permiso. Tras un mes de luna de miel, él regresó de vuelta a Flandes para acabar volviendo a Inglaterra en barco seis meses más tarde, hecho más o menos pedazos. Constance, su mujer, tenía entonces veintitrés años y él, veintinueve.

Clifford se aferró a la vida de una manera sorprendente. No sólo no murió, sino que sus pedazos se fueron recomponiendo poco a poco. Después de pasar dos años en manos de los médicos, le dieron el alta y pudo retomar su vida aunque con la parte inferior del cuerpo, de cintura para abajo, paralizada para siempre.

Aquello sucedió en 1920. Clifford y Constance regresaron a su hogar, Wragby Hall, la casa solariega de la familia de Clifford. Al fallecer su padre, Clifford heredó el título de baronet, sir Clifford, y Constance se convirtió en lady Chatterley. Iniciaron su vida en común y su matrimonio en la desolada casa de los Chatterley, con unas rentas bastante ajustadas. Clifford tenía una hermana, pero se había marchado de allí, y no tenía otros familiares cercanos. Su hermano mayor había muerto en la guerra. Paralítico de por vida y consciente de que no iba a poder tener hijos, Clifford regresó a las nubladas Midlands para mantener vivo el apellido de los Chatterley mientras le fuera posible.

Tampoco es que estuviera hundido. Tenía una silla de ruedas corriente y otra con un pequeño motor acoplado con la que podía desplazarse despacio por el jardín y por el melancólico parque del que tan orgulloso se sentía, por mucho que pretendiera fingir no darle importancia.

Había sufrido tanto que, en cierto modo, había perdido la capacidad de sufrimiento. Su carácter seguía siendo luminoso, extraño y entusiasta; con ese color rosado de cara tan saludable y esos brillantes ojos azul pálido se podría decir que era un hombre alegre. Tenía los hombros anchos y robustos, y las manos fuertes. Siempre iba vestido con ropa cara y espléndidas corbatas de Bond Street. Aun así, siempre mostraba la atenta mirada, la despreciativa vacuidad de los tullidos.

Había estado tan cerca de perder la vida, que la que tenía ahora le parecía sagrada. En el ansioso brillo de sus ojos se podía comprobar hasta qué punto se sentía orgulloso de sí mismo por haber sobrevivido a tamaño desastre, pero la herida interior había sido tan profunda que había alcanzado a matar algo de su ser, había perdido la capacidad de sentir. En su lugar, había un vacío de insensibilidad.

Constance, su mujer, era una muchacha lozana, con aire de campesina, de pelo suave y castaño, cuerpo robusto y movimientos lentos, cargados con una energía muy particular. Tenía los ojos grandes y como asombrados, y una voz dulce, como si acabara de salir de su pueblo natal, algo que, por otra parte, estaba muy lejos de ser cierto. Su padre, sir Malcolm Reid, había sido en su momento un famoso miembro de la Royal Academy of Arts, y su madre, una de las fabianas* en aquellos días triunfales del prerrafaelismo. Educada entre artistas y socialistas de alta alcurnia, tanto Constance como su hermana Hilda habían tenido lo que podría denominarse una educación estética poco convencional. Las habían llevado a París, a Florencia y a Roma para que se familiarizaran con el mundo del arte, pero también habían ido a La Haya y a Berlín para asistir a las grandes convenciones socialistas en las que los conferenciantes hablaban en todas las lenguas civilizadas del mundo, y nadie parecía desconcertado por ello.

* D. H. Lawrence se refiere a la «Fabian Society» fundada en Londres en 1884 para promover los principios del socialismo, y relacionada en su origen con el partido laborista británico. [N. de los T.]

Las dos jóvenes jamás se sintieron intimidadas por aquel mundo repleto de arte e ideas políticas. Aquél era su ambiente. Eran al mismo tiempo cosmopolitas y provincianas, con ese provincianismo cosmopolita respecto al arte que suele acompañar a los ideales sociales más puros.

A los quince años, las enviaron a Dresde para aprender música, entre otras cosas, y las dos guardaban un gran recuerdo de aquella época. Vivieron completamente libres junto con el resto de los estudiantes y discutieron con los hombres sobre cuestiones filosóficas, políticas y artísticas demostrando estar no sólo a su altura, sino muy por encima en algunos casos, gracias, precisamente, a su condición de mujeres. Hinchidas de juventud, recorrieron los bosques con sus guitarras, cantaron cantos del Wandervogel* y se sintieron libres. ¡Libres! Ésa era la gran palabra. En aquel ancho mundo, en medio de los bosques de la mañana, y rodeadas de jóvenes y lozanos compañeros de poderosas voces, fueron libres para hacer lo que quisieron y, sobre todo, para decir lo que quisieron. La conversación era lo más importante: el apasionado intercambio de la conversación. El amor no era más que un complemento.

Tanto Hilda como Constance vivieron sus primeros lances amorosos a los dieciocho años. Los jóvenes con los que discutían tan apasionadamente, cantaban tan arduosamente y acampaban bajo los árboles con tanta libertad como querían, ansiaban también, naturalmente, la unión amorosa. Las muchachas estaban indecisas y hablaron mucho del asunto porque se trataba de algo muy importante. Los muchachos eran humildes y ardientes. ¿Por qué una muchacha no podía ser generosa y darse a sí misma como regalo?

De modo que ambas se entregaron a los jóvenes con los que hasta entonces habían tenido las conversaciones más íntimas y sutiles. Las conversaciones y las discusiones eran lo más importante, la unión física y hacer el amor resultaban apenas una especie de regresión a lo primitivo un tanto decepcionante. Después de hacerlo, se sentían un poco menos enamoradas de ellos, como si algo las inclinara a odiarlos de una manera sutil por haber invadido el ámbito de lo privado y de la libertad interior. Naturalmente, al ser jóvenes, toda la dignidad

* Club de senderismo alemán fundado en 1895, precursor del movimiento de las Juventudes Alemanas. [N. de los T.]

y el sentido de la vida consistían en conquistar un absoluto, alcanzar una libertad perfecta, pura y noble. ¿Acaso la vida de una muchacha no consistía en atacar aquellas viejas y sórdidas convenciones y formas de dominio?

Pero por mucho que intentaran adornarlo con un discurso sentimental, el sexo era una de las más antiguas convenciones y formas de dominio. Los poetas que lo habían glorificado eran en su mayoría varones. Las mujeres siempre habían sido conscientes de que había algo mejor, algo más elevado. Y ahora lo sabían mejor que nunca. La belleza de la libertad absoluta de una mujer era infinitamente más hermosa que cualquier tipo de amor sexual. El problema era que los hombres estaban muy retrasados en ese sentido con respecto a las mujeres: las perseguían sexualmente como si fueran perros.

Y las mujeres se veían obligadas a ceder. El hombre era un crío con hambre y la mujer se veía finalmente obligada a ceder y darle lo que quería. Si no lo hacía, corría el peligro de, igual que ocurre con los niños, tener que aguantar impertinencias y aspavientos y ver cómo se acababa arruinando lo agradable de la relación. Pero la mujer podía darle a un hombre lo que quería sin privarse de su libertad interior, y aquello era algo que tanto los poetas como el resto de los hombres que habían hablado de sexo parecían haber pasado por alto. Una mujer podía estar con un hombre sin entregarse realmente, podía ceder sin caer bajo su dominio. Más aún, la mujer podía utilizar el sexo para ganar más poder sobre él. Lo único que tenía que hacer era contenerse durante el encuentro sexual y dejar que el hombre terminara y se vaciara, y luego prolongar el momento de unión, utilizando al hombre como un simple instrumento a fin de alcanzar su propio orgasmo.

Al estallar la guerra, después de haber vivido sus propias experiencias amorosas, las dos hermanas tuvieron que regresar a casa a toda prisa. Ninguna de las dos se habría enamorado de ningún joven con el que no hubiera podido hablar en completa intimidad, es decir, nadie con quien no valiera la pena *conversar*. Lo increíble, lo más seductor, el hechizo más inesperado sucedía cuando una se podía pasar una hora completa conversando apasionadamente con un joven y después esa conversación se volvía a reanudar día tras día, durante meses... ¡Jamás habían sospechado que aquello fuera posible hasta que les sucedió! La promesa del paraíso —«Tendrás hombres con los que conversar»— no

había sido formulada aún, pero se cumplió incluso antes de que fueran conscientes de que se trataba de una promesa.

Si tras aquellas conversaciones íntimas, tras aquellas discusiones en las que se ponía de manifiesto la brillante conexión de las almas, el asunto del sexo se presentaba como algo más o menos inevitable, pues adelante. Era la forma de cerrar un capítulo. También aquello tenía su propio encanto: el encanto vibrante del interior del cuerpo, el espasmo final que lo corroboraba como si se tratara de una última palabra, una palabra excitante, algo semejante a la línea de asteriscos que indica que un capítulo ha terminado y que se cambia de tema.

Cuando las muchachas regresaron a su casa tras el verano de 1913, Hilda con veinte años y Connie con dieciocho, su padre vio con claridad que sus hijas ya habían tenido sus propias experiencias amorosas.

*L'amour avait passé par là,** como dijo alguien. El padre era un hombre de mundo y permitió que la vida siguiera su curso. En cuanto a la madre, que en sus últimos meses de vida había sufrido de los nervios, siempre había querido que sus hijas fueran «libres» y se «sintieran realizadas». Ella misma no había conseguido jamás realizarse del todo, aquello le había sido negado y sólo Dios sabe por qué, ya que siempre había sido una mujer con posibles y con capacidad para imponer su voluntad. Le echaba la culpa a su marido, pero, en realidad, el problema era que en su mente o en su espíritu aún persistía la vieja huella de la autoridad, de la que jamás se había librado del todo. Tampoco sir Malcolm tenía ninguna responsabilidad, porque desde el primer día había permitido a su nerviosa y altiva mujer que organizara sus cosas como ella quisiera siempre y cuando él pudiera hacer su vida.

Las muchachas fueron «libres» y regresaron a Dresde, a su música, a su universidad y a sus jóvenes. Ellas adoraban a sus respectivos compañeros y ellos las adoraban a ellas con la fuerza de atracción de una pasión mental. Toda la belleza que aquellos jóvenes eran capaces de pensar y escribir era expresada y escrita para alegría de las muchachas. El joven de Connie era un músico y el de Hilda un técnico, pero ambos se desvivían por ellas. Es decir, en lo tocante a su mente y a los excitantes placeres intelectivos. En otros aspectos, los chicos eran rechazados por ellas, aunque no lo sabían.

* «El amor había pasado por allí». [N. de los T.]



Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3



Fig. 4



Fig. 5

Y pronto se vio que el amor los había atravesado a todos ellos, el amor como experiencia física. Resulta curiosa la sutil pero inconfundible transformación que el amor produce tanto en el cuerpo de los hombres como en el de las mujeres. Ellas parecen florecer como si hubiesen sido sutilmente redondeadas, sus ángulos juveniles se suavizan y su expresión se vuelve ansiosa o triunfal. Los hombres se calman y se vuelven un poco más herméticos, las líneas de sus hombros y sus nalgas se relajan, se distienden.

Con aquella exaltación sexual, las dos hermanas estuvieron a punto de sucumbir ante el extraño poder masculino; pero se recuperaron al instante y entendieron que sólo se trataba de una sensación, descubrimiento que les permitió salvaguardar su propia libertad. Los hombres, sin embargo, se sentían tan agradecidos por la experiencia sexual que las mujeres les ofrecían, que dejaron que su alma volara hacia ellas, si bien después se sentían como si hubiesen perdido una libra esterlina y acabaran de encontrar media. El joven de Connie a veces se mostraba un poco malhumorado y el de Hilda un poco burlón, pero ¡así son los hombres! Desagradecidos y eternamente insatisfechos. Si son rechazados, odian por haber sido rechazados; y, si son aceptados, odian por cualquier otra razón o por ninguna en particular, sólo porque en el fondo no han dejado de ser unos críos descontentos y jamás se conforman con lo que tienen, hagan lo que hagan las mujeres.

Pero estalló la guerra, y Hilda y Connie tuvieron que regresar a casa a toda prisa, aunque ya habían estado allí en el mes de mayo, para asistir al funeral de su madre. Antes de que llegara la Navidad de 1914, sus dos jóvenes alemanes habían muerto. Y si bien las hermanas lloraron y amaron a sus jóvenes apasionadamente, en el fondo no tardaron en olvidarlos. Ya no existían.

Las hermanas vivían en Kensington, en la casa de su padre, antaño propiedad de su madre, y se relacionaban con un grupo de jóvenes de Cambridge que defendía la libertad, los pantalones de franela, las camisas de cuello abierto también de franela, una suerte de culta anarquía emocional, una manera de hablar sutil y suave, y una sensibilidad exacerbada. Hilda sin embargo, no tardó en casarse con un hombre diez años mayor que ella, antiguo miembro de aquel grupo de Cambridge, un hombre que contaba con una fortuna considerable, había heredado un buen puesto en el Gobierno y escribía algún que otro

ensayo filosófico de cuando en cuando. Se mudó con él a una diminuta casa cercana a Westminster y aprendió a relacionarse con ese círculo social cercano al Gobierno que, sin ser el más aristocrático, conforma sin duda la auténtica fuerza intelectual de una nación: gente que sabe de lo que habla o que habla como si supiera lo que dice.

Connie se ocupó de algunas labores necesarias en tiempos de guerra, ninguna de ellas muy complicada, y estuvo saliendo con los intransigentes de Cambridge que usaban pantalones de franela y cuya actitud, hasta entonces, había sido burlarse de todo. Su «amigo» se llamaba Clifford Chatterley, un joven de veintidós años que había huido de Bonn, donde había estudiado Ingeniería de minas después de haber pasado dos años en Cambridge. Acababan de nombrarlo teniente primero en un flamante regimiento, de manera que podía burlarse de todo con más elegancia gracias al uniforme.

Clifford Chatterley pertenecía a una clase social más distinguida que Connie. Puede que Connie perteneciera a una *intelligentsia* acomodada, pero Clifford pertenecía a la aristocracia; no a la más alta, pero aristocracia al fin y al cabo: su padre era baronet, y su madre, hija de un vizconde; pero, a pesar de ser de más alta alcurnia que Connie y de estar cercano a los círculos de la «alta sociedad», Clifford era más provinciano y más tímido que ella. El joven se encontraba a sus anchas en el estrecho «gran mundo» o, lo que es lo mismo, entre sus camaradas de la aristocracia, pero, en cuanto se veía en otros mundos más anchos, especialmente entre las hordas de la clase media o baja, o entre extranjeros de una clase distinta de la suya, se ponía nervioso y se comportaba con timidez. Lo cierto es que lo asustaban un poco tanto las numerosas hordas de la clase media y baja como los extranjeros que no eran de su propia clase social. A pesar de contar con la defensa de sus privilegios, Clifford era absolutamente consciente de aquella indefensión que lo dejaba del todo paralizado. Y eso, a pesar de ser sin duda alguna un fenómeno propio de nuestra época, no deja de ser bastante curioso.

Quedó fascinado por la dulce seguridad en sí misma de Constance Reid. En aquel mundo externo de caos absoluto, ella era mucho más dueña de sí misma de lo que él podría serlo jamás.

Aun así, él también era un rebelde: se había rebelado contra su propia clase. O puede que rebelarse fuera un término algo excesivo, tal

vez demasiado. En lo único en lo que se había visto envuelto era en el rechazo común y generalizado de los jóvenes por las convenciones y la autoridad. Los padres eran ridículos, y los suyos en particular lo eran en un grado obstinado y supremo. Los gobiernos también eran ridículos, y el suyo en particular, mucho más de lo imaginable. También los ejércitos eran ridículos, los generales viejos y gordos, pero sobre todo ese Kitchener de cara enrojecida. Hasta la guerra era ridícula, a pesar de haber acabado con la vida de tanta gente.

Todo era, de hecho, un poco ridículo o muy ridículo, al menos todo lo que estaba relacionado de alguna manera con la autoridad —ya fuera el ejército, el Gobierno o las universidades— era ridículo en grado sumo. Y en la medida en que la clase gobernante tenía intenciones de gobernar, era ridícula también. Sir Geoffrey, el padre de Clifford, era impresionantemente ridículo: mandaba talar sus árboles y sacaba a los hombres de sus minas de carbón para enviarlos a la guerra; era tan seguro de sí y tan patriótico; eso sí, se gastaba por su país más dinero del que tenía.

Cuando miss Chatterley, Emma, regresó a Londres desde las Midlands para hacer labores de enfermera, hizo alguna chanza, de manera discreta, acerca de sir Geoffrey y su resuelto patriotismo. Herbert, su hijo mayor y, por tanto, su heredero, se rio descaradamente de todo aquello, a pesar de que aquellos árboles que caían para construir trincheras formaban parte de su futura herencia. Clifford se limitaba a sonreír inquieto. No había duda de que todo era ridículo, pero ¿acaso uno mismo no se volvía también ridículo cuando todo aquello tan ridículo empezaba a acercarse a él? Al menos la gente de otras clases sociales, como Connie, se tomaba las cosas un poco más en serio, creía en algo.

Se tomaban en serio el asunto de los Tommies,* las amenazas de reclutamiento y la escasez de azúcar y tofe para los niños. De todas aquellas cuestiones, como es natural, las autoridades eran ridículamente culpables. Pero Clifford no conseguía tomárselo tan en serio, para él las autoridades eran ridículas *ab ovo*,** no por culpa del tofe o de los Tommies.

* *Tommies* era la forma coloquial de referirse a los soldados rasos británicos en la Primera Guerra Mundial, un apelativo puesto por los propios alemanes. [N. de los T.]

** «Desde el origen». [N. de los T.]

Las autoridades se sentían ridículas y se comportaban de forma tan ridícula que todo terminaba pareciendo el salón de té del sombrerero loco. Hasta que la situación se complicó y apareció Lloyd George para resolverlo todo. Aquello fue tanto más allá de los límites del ridículo, que hasta los jóvenes petulantes dejaron de reírse.

Al morir Herbert Chatterley en 1916, Clifford se convirtió en el único heredero. Aquello incluso lo atemorizó. Tan profundamente arraigadas estaban en él tanto la importancia de ser hijo de sir Geoffrey como la de ser propietario de Wragby, que jamás habría podido desentenderse de ellas. Aun así, Clifford era consciente de que incluso aquello, comparado con el vasto y agitado mundo, era algo más bien ridículo. De golpe se había convertido en el heredero y el único responsable de Wragby. ¿No era terrible? ¿Y acaso no era espléndido y, a la vez, quizá, completamente absurdo?

Sir Geoffrey no veía la absurdidad por ninguna parte. Pálido y tenso, vivía encerrado en sí mismo y estaba obstinadamente empeñado en salvar al país y su propia posición, con la ayuda de Lloyd George o con la de quien fuera. Vivía tan al margen de la realidad, estaba tan alejado de la Inglaterra real y era tan incapaz de comprenderla, que hasta tenía una buena opinión de Horatio Bottomley. Sir Geoffrey apoyó a Inglaterra y a Lloyd George del mismo modo que sus ancestros se habían levantado por Inglaterra y san Jorge: ni se le pasó por la cabeza que ambas situaciones fueran en algo distintas. De manera que sir Geoffrey talaba sus bosques por Inglaterra y Lloyd George, por Lloyd George e Inglaterra.

También quería que Clifford se casara y le diera un heredero. Para Clifford, su padre era un anacronismo sin remedio, ¿pero acaso lo aventajaba él en algo que no fuera su doloroso sentido del ridículo con respecto a todo y el ridículo máximo de su nueva situación? A gusto o a disgusto, aceptó su título de baronet y la propiedad de Wragby con la mayor solemnidad.

La emoción y la excitación con que se había vivido el inicio de la guerra habían... muerto. Demasiadas muertes y demasiado horror. Un hombre necesitaba apoyo y consuelo. Un hombre necesitaba tener un ancla firme y segura. Un hombre necesitaba una esposa.

A pesar de todos sus contactos, los hijos de los Chatterley, dos hermanos y una hermana, habían pasado su vida curiosamente aislados y encerrados en Wragby. Aquel aislamiento había intensificado tanto los

lazos familiares como la sensación de indefensión, la certeza sobre la fragilidad de su posición, a pesar —o a causa— del título y las tierras. Se habían distanciado de las Midlands industriales en las que habían pasado toda su vida, y se habían distanciado de su propia clase debido al carácter melancólico y obstinado de sir Geoffrey, su padre, de quien se burlaban, pero por quien tanto se preocupaban.

Los tres habían prometido vivir siempre juntos, pero habiendo muerto Herbert, sir Geoffrey quería que Clifford se casara. Sir Geoffrey apenas mencionaba el tema: hablaba muy poco, pero tanto su silencio como su melancólica insistencia eran más de lo que Clifford podía soportar.

¡Pero Emma no quería! Era diez años mayor que Clifford y sentía que aquel matrimonio constituiría una deserción y una traición a aquello que siempre habían defendido los jóvenes de la familia.

Aun así, Clifford se casó con Connie y disfrutaron de su mes de luna de miel. Transcurría el terrible año de 1917, y la pareja intimó como intiman dos personas que se encuentran en un barco que se hunde. Clifford se casó virgen, el sexo no tenía mucha importancia para él. Pero, prescindiendo de eso, los dos cónyuges se sentían muy unidos. A Connie le alegraba aquella intimidad construida más allá del sexo, más allá de la «satisfacción» masculina. Y, a diferencia de la mayoría de los hombres, tampoco Clifford parecía muy ansioso por obtener aquella «satisfacción». No, su intimidad era más profunda, más privada, el sexo era sólo un accidente, algo accesorio, uno de esos curiosos y obsoletos procesos orgánicos que aún persistían encerrados en su propia torpeza, a pesar de ser innecesarios. Aun así, aunque sólo fuera para sentirse más segura frente a su cuñada, Connie quería tener hijos.

Pero, a principios de 1918, Clifford regresó a casa hecho pedazos y no hubo hijo. Sir Geoffrey murió del disgusto.